

Sexo y revolución: La escritura como testamento en *Un captif amoureux* de Jean Genet

Walter Romero¹

Caso único de memoria, testamento y registro íntimo de un complicado “problema” cuya resonancia (la revolución palestina) llega hasta nuestra actualidad, *Un cautivo enamorado* (1986) de Jean Genet merita una reconsideración crítica a la luz de una escritura en la que ensayo y autobiografía entretejen los dominios “opacos” del sexo y de la revolución. Genet confiesa:

Tal vez este libro haya salido de mí sin que pudiera controlarlo. Su curso es demasiado irregular y en él se siente probablemente el alivio de abrir compuertas de recuerdos cerrados. Después de quince años, a pesar de haberme contenido, de haber cerrado la boca, hay fisuras que dejan escapar lo reprimido (Genet, 1988, p. 236).

Para Jean-Bernard Moraly:

Un cautivo enamorado relata las jornadas de un blanco en un mundo nuevo, el mundo del hombre nuevo que Genet va a buscar a Medio Oriente. Genet siempre renovó el género que cultivaba. *Un cautivo enamorado* es inclasificable, pues es a la vez diario, libelo político, narración de viaje, poema en prosa, autobiografía del último período (1967-1986), autobiografía mucho más digna de crédito que el insincero *Diario del ladrón* (1999, p. 136).

Este trabajo abordará sintéticamente de qué modo las pulsiones secretas de un hombre público y gran escritor –sin “el maquillaje de los vicios”–

¹ UBA - UNSAM wallyrom@yahoo.com

agitan la “verdad de los insurgentes”. Una visión en parte sacralizada –para algunos críticos hasta maniquea o directamente antisemita– postula que Genet reivindica la belleza de los viriles palestinos oprimidos oponiéndole las carnalidades feminoides de los israelíes colonialistas y asesinos. Su amigo Tahar Ben Jelloun (2010), que nunca escuchó de boca de Genet comentarios racistas, sostiene “*Dans Un captif amoureux, Genet est dans la littérature; c’est un livre somptueux, à mon avis plus pour son élégance et ses fulgurances poétiques et littéraires que par le thème dont il traite*” (p. 121). La obra ocupó, de manera vital, las preocupaciones artísticas y políticas, como así también las inquietudes más íntimas de Genet quien –como “testigo de su tiempo”– postula:

Los diferentes azares que constituirán mi vida, al dejarme en el mundo, no me permiten cambiarlo, me conformaré con observarlo, con describirlo tras haberlo descifrado, y cada episodio de mi vida no será sino este liviano trabajo de escritura, elección de palabras, tachaduras, lecturas al revés de cada uno de los episodios, no verídicos según los hechos tal y como los vería una mirada trascendente, sino tal y como los elijo, los interpreto y los clasifico yo. Al no ser archivero, historiador ni nada que se le parezca, contar mi vida habrá sido solo para narrar una historia de los palestinos (1988, p. 258).

Genet fue uno de los primeros europeos en entrar en los campamentos masacrados de refugiados palestinos de Naciones Unidas en Sabra y Chatila cuando todavía los cadáveres no habían sido retirados. Una de sus primeras “descripciones” de aquella experiencia dice:

Si miramos atentamente un muerto, sucede un fenómeno curioso: la ausencia de vida en un cuerpo equivale a la ausencia total del cuerpo o más bien a su huida ininterrumpida. Aunque nos acerquemos, creemos que no lo tocaremos nunca. Eso si lo contemplamos. Pero si hacemos un gesto en su dirección, nos agachamos junto a él, le movemos un brazo, un dedo, de repente se vuelve presente e incluso amigo. El amor y la muerte. Estos dos términos se asocian muy rápidamente cuando se escribe sobre uno de ellos. Me ha hecho falta ir a Chatila para captar la obscenidad del amor y la obscenidad de la muerte. Los cuerpos, en ambos casos, no tienen

nada que esconder: posturas, contorsiones, gestos, expresiones, incluso los silencios pertenecen a uno y otro mundo. El cuerpo de un hombre de treinta a treinta y cinco años estaba tumbado boca abajo. Como si todo el cuerpo no fuese más que una vejiga con forma humana, se había hinchado bajo el sol y por la química de la descomposición hasta inflar el pantalón, que amenazaba con estallar en las nalgas y en los muslos. La única parte de su rostro que pude ver era violeta y negra. Un poco más arriba de la rodilla, bajo la tela desgarrada, el muslo mostraba un tajo. Origen del tajo: ¿una bayoneta, un cuchillo, un puñal? (2003, pp. 14-15).

Si el teatro de Genet se enraiza en preocupaciones vitales a punto tal de generar –tal como la crítica áurea postula– una interpretación que hace de *El balcón* una lectura de mayo del 68, de *Los negros* una teatralización de los Black Panthers, de *Las criadas* una problematización de las psicosis y del crimen paranoico poniendo el foco en las empleadas y los trabajadores, *Los biombos* ya presentaba, por su parte, una enmarañada hipótesis en torno a los palestinos que escrita en 1957 “se adelanta a la victoria del Frente de Liberación Nacional” (Moraly, 1999, p. 139) y que permeará hasta sus últimos días una suerte de obsesión en torno a la revolución, no exenta de una mirada púdica donde carne y deseo se imbrican con política e insurrección. La búsqueda identitaria del propio yo testimonial hará del colectivo palestino el objeto de la mirada de Genet sobre una carnalidad de combate en busca de un “hombre nuevo”. Genet conoció, de primera mano, los testimonios del desgarró luego de que los *kataeb* (el brazo armado de los falangistas libaneses de extracción cristiana o maronita, liderado por Elie Hobeika y protegidos por el ejército israelí) asesinarán a cientos de palestinos en las luctuosas y tristemente célebres matanzas de Sabra y Chatila en las afueras de Beirut. Su autor advierte, a su vez, para no quedar tipificado o simplificado por la erotizante mirada de su “recorrido”, que las apreciaciones que la masacre le generó no le “pertenecían” tan sólo a él por su condición sexual: “No es por mis inclinaciones por lo que he vivido la época jordana como un cuento de hadas. Los europeos y los árabes norteafricanos me hablaron del sortilegio que sintieron allí” (Genet, 2003, p. 43).

En respuesta al ataque palestino en el que las fuerzas paramilitares de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) masacraron a más de

quinientas personas y profanaron el cementerio cristiano, Sabra y Chatila fueron atacadas y su aniquilación fue testimoniada en un texto donde Genet –acaso recuperando un *gestus* sacralizador que al decir de Bataille escapa al rol binario de víctima y verdugo– aventura una lectura política no exenta de polémica de textualidades (o “texturas escriturarias”) donde la intimidad y la belleza de la muerte de esos cuerpos combatientes o masacrados construye una sensualidad no erótica de la revuelta bajo una hipótesis espinosa: “La afirmación de una belleza propia de los revolucionarios plantea muchas dificultades” (Genet, 2003, p. 25).

De la “idea de revolución” de *Cuatro horas en Chatila* a los “recuerdos” (revolucionarios y personales) de *Un cautivo enamorado*, la escritura del “poeta político” que fue Genet, según Jean-Bernard Moraly (1999), tendrá su apoteosis en el *late style* que Edward Said reconoce en los textos finales (o justamente testamentarios) de este y otros autores:

Una revolución lo es cuando ha hecho caer de los rostros y los cuerpos la piel muerta que los reblandecía. No hablo de una belleza académica, sino de la impalpable –inefable– alegría de los cuerpos, de las caras, de los gritos, de las palabras que dejan de ser mortecinas, quiero decir una alegría sensual y tan fuerte que quiere desterrar todo erotismo (Genet, 2003, 43).

Quatre heures à Chatila fue censurada al publicarse en enero de 1983 en la *Revue d'études palestiniennes* luego de que el propio Genet leyera algunos fragmentos polémicos en la exposición organizada en Viena por la *International Progress Organization* a invitación del filósofo austríaco Hans Kochler. Parte de esos textos (purgados) postulaban ya una teórica sicalíptica –en términos de sugerencias sensuales– en torno a la revolución a partir de la belleza de los cuerpos en medio de un suceso que estremecía al mundo y a las organizaciones gubernamentales:

Antes de la guerra de Argelia, en Francia, los árabes no eran guapos, su aspecto era pesado, arrastrado, el morro ladeado, pero de repente la victoria los embelleció, pero ya, un poco antes de que fuera cegadora, cuando más de medio millón de soldados franceses se extenuaban y agotaban en los Aurès y en toda Argelia, un curioso fenómeno se hizo perceptible, modificando la cara y el cuerpo de los obreros árabes: algo como la cercanía,

el presentimiento de una belleza todavía frágil pero que nos deslumbraría cuando las escamas hubiesen por fin caído de su piel y de nuestros ojos. Había que aceptar la evidencia: se habían liberado políticamente para aparecer como debían ser vistos, muy guapos. Del mismo modo, escapados de un campamento de refugiados, escapados de la moral y del orden de los campamentos, escapados a una moral impuesta por la necesidad de sobrevivir, escapados a la vez de la vergüenza, los fedayines eran muy guapos; y esta belleza era nueva, ingenua, inocente, fresca, tan viva que descubriría inmediatamente lo que la ponía de acuerdo con todas las bellezas del mundo arrancándose la vergüenza (Genet, 2003, pp. 41-42).

En *Un cautivo enamorado*, la proto impresión en pos de la defensa de los fedayines contra la avanzada y la ocupación sionista comprende también el conato sensorio en la descripción de cuerpos de jóvenes de entre dieciocho y veinte años. Para Genet, en este texto terminal de su vasta producción, la revolución –siempre compleja– genera una temporalidad nueva:

El presente es siempre duro. Se supone que el porvenir lo es más. El pasado, o más bien lo ausente, son adorables y vivimos en el presente. A este mundo vivido en presente, la revolución palestina aportaba una dulzura que parecía pertenecer al pasado, a la lejanía y, tal vez, a la ausencia, pues los adjetivos que tratan de describirla son estos: caballeresca, frágil, valerosa, heroica, novelesca grave, retorcida, astuta (1988, p. 157).

A su vez, la revolución se postula en este texto como la apuesta más del después (de esos jóvenes cuerpos cuyo destino puede ser el combate o la muerte misma) que el mero “durante” revolucionario. El artista, según Genet, es aquel que cristaliza una visión (ulterior) de la revuelta que construye –en “la política del canto”, como postulado estético genetiano– los cantinelas heroicos que celebran su hazaña y a los cuerpos que en ella se comprometieron. En esos “cantos” la bravura no está desprovista de una mirada que no teme en volver erógenos ni los cuerpos ni los “desechos” de la rebelión. Si para Genet la revolución palestina “no fue nunca de territorios”, sin embargo traspuesta al íntimo y político testimonio se constituye en experiencia donde los cuerpos intervinientes esbozan un escenario sino deseante al menos de una territorialidad de estilo sensualista:

Los dos primeros fedayyin eran tan guapos que a mí mismo me asombró no sentir deseo alguno por ellos, y cuanto más conocí a los soldados palestinos en armas, ornados por ellas, vestidos de camuflaje, con las boinas rojas ladeadas, tales, en fin, que cada uno de ellos parecía no solo la transfiguración de mis fantasmas sino también su materialización, esperándome allí, ante mí, y ‘como si’ se me ofrecieran (Genet, 1988, p. 226).

Esta “materialización”, sin embargo, compartirá imaginerías angelológicas donde el cuerpo sacralizado traspone lo meramente carnal: “La aparición súbita de un tropel de soldados de infantería risueños, vivos, autónomos, me dejó al borde de la pureza: una irrupción de ángeles, un cordón de ángeles que me detenían al borde de un abismo” (Genet, 1988, p. 226). Genet apela entonces –en el extenso grafema testamentario en que se constituye este último eslabón de su obra– a no desentenderse nunca de las complejidades de un texto híbrido cuyos debatibles sentidos ahonda en reflexiones metaliterarias en paralelo a las dificultades para “hablar” de atractivo físico y de sexualidad cuando a revolución se refiere: “La sexualidad es probablemente, antes incluso de que llegue a la conciencia, el fenómeno más generalizado del mundo vivo” (Genet, 1988, p. 326).

Pero si el tópico heroico o carnal de las corporalidades combatientes no constituyen novedad desde Homero, el foco sexual y la construcción de una imagen –hasta por momentos lúbrica– provoca un “efecto de lectura” de *desacople* como si la revolución fuera acaso la apelación a una vasta panoplia de cuerpos, o más bien de imágenes, donde de manera apoteótica el sexo se vuelve reivindicación de la vida en medio de la muerte.

A pocas páginas de clausurar el texto, siempre en tono confidencial y confidencial, Genet parece contradecir su manifiesto propósito de narrar la revolución: “La forma que he dado desde el principio al relato jamás tuvo por finalidad informar al lector realmente de lo que fue la revolución palestina” (Genet, 1988, p. 383); y, en cambio, ofrece una construcción que, habiendo operado con maestría en la *dispositio* de lo relatado con incisos homoeróticos que imbricaban el tema político-revolucionario de una imaginería sexual, Genet propone –acaso bajo la forma de un sueño– la proposición de una propia revolución: “mi revolución palestina”. Revolución que, atrayendo sus intereses políticos como “testigo del mundo” no puede dejar de imbricarse

en una sexualidad reflectante y reflejada: acaso como si sexo y revolución fueran –bajo una imagen alucinada y bestial– formas de una misma materia que se auto engulle:

Querer pensar la revolución equivaldría, en el momento de despertar, a pretender la lógica en la incoherencia de las imágenes soñadas. Es inútil inventar, si el tiempo es seco, los gestos necesarios para cruzar mejor el río cuando la crecida se lleve el puente. En una somnolencia, pensando en ella, la revolución se me aparece así, la cola de un tigre que enjaulado empieza una rúbrica hiperbólica que deja caer su curva cansina sobre el flanco de la fiera que sigue enjaulada (Genet, 1988, p. 384).

Referencias bibliográficas

- Bataille, G. (1952). Jean Paul Sartre et l'impossible révolte de Jean Genet. *Critique*, 65-66.
- Ben Jelloum, T. (2010). *Jean Genet, menteur sublime*. París: Gallimard.
- Genet, J. (1988). *Un cautivo enamorado*. Madrid: Debate.
- Genet, J. (1987). Affirmation of Existence Through Rebellion. *Journal of Palestine Studies*, 16 (2), 64-84.
- Genet, J. (2003). *Cuatro horas en Chatila*. Madrid: Indipendentia.
- Moraly, J. B. (1999). El poeta político (1967-1986). En *Jean Genet. La vida de un escritor maldito* (pp.118-140). Barcelona: Gedisa.